



Capítulo 404 - Caos y profanación

Virgilio se detuvo en el centro del camino ceremonial, con su capa ondeando lentamente con una brisa que nadie más podía sentir. Las piedras de la avenida del honor parecían brillar en su presencia, como si la propia tierra demoníaca reconociera que algo inevitable estaba a punto de suceder.

El ruido cesó. El caos, la lucha, los rugidos, los gritos... todo desapareció en una quietud repentina y asfixiante.

El Guerrero Demonio —un bruto marcado por las guerras del Inframundo, músculos que parecían montañas vivientes, ojos amarillos escupiendo furia— se volvió hacia él. Quizás fue sangre hirviendo, quizás fue arrogancia... pero se atrevió a hablar:

"Y para quién eres tú—"

Nunca terminó la frase.

Con un chasquido de dedos, Virgilio no sólo silenció al demonio: lo redujo. No físicamente —todavía— sino con dignidad, en presencia, en existencia.

El cuerpo del guerrero se dobló involuntariamente, como si el aire que lo rodeaba hubiera triplicado su peso. Sus rodillas comenzaron a doblarse. Las runas de batalla místicas en su piel —una marca de orgullo entre los guerreros demoníacos— comenzaron a sangrar. Literalmente. De cada símbolo salía un goteo carmesí y, con cada gota, el guerrero parecía más pequeño, más cansado, más... irrelevante.





"Te atreves a interrumpir el camino del Rey", dijo Virgilio, con voz baja, controlada— y mil veces más aterradora que cualquier grito. "En una avenida sagrada. Durante el desfile ceremonial de coronación."

El guerrero intentó levantar la cabeza, pero se escuchó un fuerte crujido — el sonido de su orgullo partiéndose en dos. Virgilio continuó caminando hacia él, con los pasos firmes y los ojos brillando ahora de un púrpura impío.

"Has decorado tu cuerpo con símbolos de guerra... y aún así actúas como una cabra de circo borracha. ¿Tienes tanta sed de violencia que ni siquiera puedes esperar a que pase la realeza antes de descargar tu frustración con lo que sea que ese... buey decorado haya dicho?"

El Minotauro, al oír esto, dio un paso adelante. Una idea terrible.

Vergil ni siquiera se giró para mirarlo.

Su sombra se extendía imposiblemente, deslizándose hacia el Minotauro y elevándose como una guadaña viviente. Lo golpeó una vez—no con fuerza física, sino con vergüenza. El Minotauro, una criatura que una vez había comandado legiones en las arenas infernales, cayó de rodillas como si recordara su infancia y se diera cuenta de que había sido una decepción incluso para su propia madre.

Virgilio finalmente se detuvo entre los dos, con una mirada tan despectiva como la de un dios que observaba a dos hormigas tratando de pelear en su mesa de banquete.

"Mañana te despertarías contándoles esta historia a tus amigos, ¿no? ¡Luché delante de la procesión real! ¡Todos me vieron! ¡Hice historia!"





Se rió fríamente, sin alegría.

"Bueno, debes saber esto... no hiciste historia."

Levantó la mano.

"Te convertiste en una broma."

Volvió a chasquear los dedos. "Probemos un poco de magia demoníaca ilusoria, cortesía de Alice"

Al instante, los dos combatientes quedaron cubiertos por una ilusión vívida y cruel. El Guerrero Demonio se encontró vestido con un tutú rosa, girando cómicamente y tropezando con sus propios pies. Mientras tanto, el Minotauro llevaba una armadura de cartón con palabras como "MAMÁ ME VISTIÓ" escritas con runas infantiles y una tiara ridículamente brillante en la cabeza.



La multitud que los rodeaba estalló en risas. Incluso los demonios que minutos antes habían temido la presencia de ambos ahora los señalaban como si estuvieran viendo una obra de teatro.

"Mirad con atención", dijo Virgilio en voz alta, para que todos pudieran oír. "Éstos son los dos campeones que se atrevieron a obstruir el camino del Rey. Dos idiotas tan consumidos por el ego que olvidaron su lugar."

Se volvió hacia los guardias.

"Átalos como animales y arrástralos detrás del carruaje real. Limpiarán el suelo ceremonial con la cara hasta el final del desfile."



La orden fue obedecida inmediatamente. Cadenas mágicas aparecieron de la nada y ataron a los dos, que todavía se estaban recuperando de la humillación mágica. No se resistieron. No pudieron. La presencia de Virgilio había agotado cada gramo de dignidad que poseían.

Virgilio regresó y, al pasar junto a los nobles y plebeyos demoníacos, ninguno de ellos se atrevió a respirar más fuerte que un susurro.

Cuando llegó al carruaje, Katharina lo estaba esperando en la puerta, con una amplia sonrisa en su rostro.

"Eso fue hermoso. "Una actuación digna de un emperador."

"Necesitaban aprender", dijo, pasando la mano por su cabello ahora ligeramente despeinado.

Stella levantó una ceja. "Eres más teatral de lo que imaginaba."

Rafaeline se rió suavemente. "Y más cruel. "Estoy... impresionado."

Ada simplemente dijo desde atrás: "No se agacharán más". "El ejemplo ya está dado."

Roxanne estiró el cuello por la ventana y observó cómo arrastraban a los dos demonios, con barro y sangre detrás de ellos.

"Se ven lindos con tutús. ¿Podemos poner eso en la actuación del festival?"

"Hablemos de ello", dijo Virgilio, relajándose finalmente en su asiento.





El carruaje comenzó a moverse nuevamente. Los tambores comenzaron de nuevo, aunque ahora a un ritmo más moderado—, como si los propios instrumentos hubieran aprendido que estaban al servicio de alguien muy, muy por encima de su comprensión.

Y, arrastrados sobre cuerdas como dos bueyes insensatos que se habían desviado del pasto, los "campeones" de la vergüenza fueron conducidos en humillación pública detrás de la procesión.

Al frente, el Rey no sonrió. Pero por dentro, Itarina rugió de satisfacción.

"Eso", susurró Itharine, "fue divertido, maestro"...

[Palacio del Gremio...]

Los pasos de Cabernet resonaron como truenos a través de los pasillos devastados de la antigua sala de Runeria. Estatuas rotas, tapices quemados, olor a magia rota y sangre antigua en el aire. Su vestido de batalla negro se arrastraba por el suelo como una sombra viviente, con ojos ámbar crepitando de furia y desesperación.

"¡Runas!"

Su voz destrozó el silencio —una súplica y una amenaza al mismo tiempo.

Ella dobló una esquina. Su corazón se detuvo.

Allí, en el centro del gran salón de mármol roto, entre columnas agrietadas y ventanas destrozadas, yacía el cuerpo de Runeas.





La hija de la Emperatriz cayó como una pesada pluma sobre los escalones del trono ancestral, con sus alas dracónicas semimaterializadas quemadas y destrozadas. Su piel pálida brillaba débilmente, como si la vida dentro de ella fuera una vela encendida.

Pero lo que provocó el grito de Cabernet no fue la sangre.

Fue la ausencia.

En el centro del pecho de su hija, donde una vez había pulsado la Joya Carmesí de la Emperatriz Dragón, solo había un agujero quemado—vacío, rodeado de grietas negras que se extendían como veneno mágico. Un símbolo del poder antiguo... robado.

Cabernet cayó de rodillas. El sonido de la respiración de Runeas era un susurro frágil, casi inaudible.



La rodeó con los brazos, con los ojos muy abiertos y la garganta cerrada en un grito que no salió.

"... ¿quién hizo esto?" Ella susurró, su voz temblaba no de miedo, sino de puro odio.

La joya había sido tomada por la fuerza. Esta no fue una batalla sencilla.

Fue una profanación.